

—¡Que ingrato eres!....

—¿Por qué te vas?.... ¿por qué?....

—¡Si lo supieras!.... No, no me preguntes; te morirías... ó me moriría yo de vergüenza!....

—¡María!....

—Te amo, Gabriel; te amo... dejame mi secreto....

Estaba pálida, temblorosa, apenas podía hablar; el dolor contraía su semblante con una expresión de angustia que me despedazaba el alma. Ni una lágrima pudo brotar de mis ojos secos, ni una palabra pudo salir de mis labios convulsivos.... Por un impulso nervioso agarré violentamente su mano que tembló entre las mias, y la aparté de mí porque su presencia me oprimía....

A la noche del siguiente día una criada me informó que en la tarde María había sido conducida al convento en un coche, acompañada solo del clérigo su confesor.

Me ama, y por mí se va al convento.... Incomprensible era para mí esta frase que sin embargo creía sincera: su confesor no le prohibía que me amara; lo contrario, seguía ella me decía: yo no recordaba haberle dado motivo alguno de disgusto, no pretendía de ella nada que pudiera ofender su pudor, que la alejara de mí. ¿Sería mi tutor ó su mamá quienes la obligaban á ello?

Tampoco; supuesto que yo era testigo de su oposición, y de que había sido preciso que el confesor interviniera para conseguir el permiso.

Este misterio me atormentaba, por lo mismo que no lo comprendía; y la tenaz resistencia que en ella encontraba para revelármelo, aumentaba mi tormento. Yo tenía fé en su amor; y este sacrificio grande, positivo, cuya causa no se atrevía á revelar, me anunciaba desgracias y me hacía concebir temores que me asustaban, en la situación en que estaba de no poder siquiera prevenirlos puesto que los ignoraba.

Ahora le agradezco su silencio, y admiro su firmeza: otra mujer ménos pudorosa, ó mas indiscreta me lo habría revelado todo, colocándome en la posición mas ridícula y desesperada.

Entre matar á mi tutor, ó abandonarla no habría medio; yo no hubiera tenido entonces valor para ninguna de las dos cosas; y por otra parte ni D. German era mi rival, ni María me era infiel.... Y suponiendo que me hubiese ocurrido esta reflexión ¿que habría yo podido hacer por ella ni por mí? Casarme con ella, ó sacarla de cualquier otro modo de su casa, y llevarla léjos, muy léjos, hasta donde hubiesemos estado á salvo de la venganza ó las persecuciones de un viejo enamorado....

Vamos ahora á discutir otra cuestión.

¿María dejó su casa huyendo de las persecuciones de un viejo desmoralizado, por virtud ó

por amor? En otras palabras: ¿fuí yo, ó fué su confesor quien la libró del peligro? ¿Tengo que agradecer este rasgo de fidelidad á su corazon, ó á la religion?... Bien pueden combinarse ámbos intereses; pero yo soy esclusivista: si María no se dejó arrastrar de su temperamento, ni seducir por las promesas de un hombre, porque la religion prohibe vender el cuerpo, y no entregarlo sino á un esposo, entónces estoy libre de todo agradecimiento; lo mismo habria hecho léjos de mí y sin amarme. Pero si por solo mi amor, por aquel sentimiento noble y único de no consagrar á otro ni un pensamiento, huyó del mundo, y renunció á todos los placeres que se le prometian, entónces soy el mayor de los criminales, mi conducta posterior con ella merecia las galeras, ó el patíbulo, porque tambien son reos, y aún mas punibles, los que sin quitar la vida, matan moralmente á sus semejantes.

MI ingratitude, si lo fué, me produce todavía algunos remordimientos de duda, y solamente los dulcifica la idea de haber sido su ángel de guarda... ángel de ocasion, señalado por la Povidencia, y que una vez cumplido el objeto, debió quedar relevado de toda obligacion. ¿Qué hubiera yo hecho casado, con una muger tan fea como virtuosa, tan ignorante como rezadora, fecunda tal vez, tanto como yo soy estéril en caudal?.

Volvamos al convento.

En ningun tiempo he sido devoto, y las iglesias han sido siempre el último asilo de mi ociosidad: sin embargo, en esa edad tenia yo unas creencias religiosas que hoy... No sé lo que con ellas habré perdido; pero sea cual fuere su valor, me parece poco, para haber comprado mi libertad moral: si he perdido los gozes de la piedad, tambien estoy libre de la tiranía que martiriza á los fieles, á quienes hace humildes y pacientes, unas veces, por la conveniencia temporal, otras por el temor de predicciones que se creen por el hábito de la infancia. Yo me conozco; he sido ménos malo sin ascetismo, que la mayor parte de los mejores creyentes; y al paso que ellos son frecuentemente el juguete de las pasiones, las mias nunca me han dominado, y la corrupcion del mundo ha filtrado muy poco en mi corazon; yo siempre he sido víctima de los demas no comulgando nunca, al paso que ellos saben de memoria el calendario y asisten á todas las funciones; en fin, soy maliciosísimo y todos me engañan... ¡no creo ciertos los milagros, y tengo fé en las palabras de los hombres!.

Todo esto viene á decir que desde que María estuvo en el convento tuve necesidad de ser devoto; de oír misa los mas dias, y escoger un santo, el que estuviera mas cerca del coro, para ir á ofrecerle mis oraciones en los momentos que la iglesia estaba solitaria.

Lo que es la costumbre: los primeros dias no rezaba y entraba á la iglesia con cierta repug-

nancia; al fin llegué á rezar de buena fé, aprovechando los ratos que María no estaba en el coro; y el silencio, la lobreguez del templo en algunas horas me llegaron á inspirar pensamientos suaves y consoladores: me complacia la idea de ver á mi amante abrigada contra los riesgos del mundo, bajo las alas de la divinidad. Me reconcilié con las iglesias, pero no con los conventos.

Si en mi primera infancia oí decir que los claustros eran el abrigo de la virtud, despues por esperiencia supe que no son si no el refugio de la desgracia y el despecho; la prision del llanto, donde las que creyeron se arrepienten, las que sufrieron en el mundo solo van á ocultar allí sus lágrimas y sus remordimientos. Dentro de las paredes de una cárcel se dicen blasfemias y vive el crímen desnudo ó cubierto de harapos; dentro de las murallas de un convento se vierten lágrimas, y los remordimientos se ocultan bajo el limpio velo monjil... pero todo es sufrir; y en el mundo igual delito comete el oprimido que el opresor; el primero por candoroso, el segundo por audaz: por eso los jueces encierran á los asesinos, y los sacerdotes á las víctimas.

María era una de ellas y yo procuraba hacerle soportable el cautiverio. A título de pariente la visitaba en el torno y la portería, concurriendo tambien á las rejas los dias que iba la familia.

La necesidad lo enseña todo; de modo que yo, á quien antipatizan de una manera especial to-

das las monjas, supe dulcificarme con ellas, hasta emparentar con todo el convento en pocos dias; unas eran mis nanitas, otras mis tias, otras mis primas, y en fin, el resto de la comunidad me llamaba su hermanito muy querido en Jesucristo. Estos títulos de parentesco no me los dieron gratis; los compraba yo con versitos al niño Dios; patrones para hacer cifras en los platos de dulce con polvo de canela; y algunas flores ó semillas esquisitas; les daba yo razon de la tienda en que se vendia mas barata la seda y el canutillo; en fin, grangeaba su amor con estas bagatelas que lo son todo para las pobres monjas que se mueren de inaccion... Estos buenos servicios me valian el hablarle á María por el torno dos ó tres veces cada semana y darle la mano al traves de las rejas de los locutorios el dia de visita; dia en que me daban chocolate con bizcochos de diez clases y servilleta deshilada, y agua bendita llena de flores.

En esta época aprendí á escribir con esas tintas simpáticas que dejan limpio el papel y solo se hacen visibles las letras esponiendolo á un suave calor ó estendiendolo sobre la superficie del agua. Siempre tenia yo un dulce, una fruta, una cháchara que llevar á María, para darsela envuelta en una de estas cartas simuladas. Ella quedó comprometida á escribirme de la misma manera, pero nunca lo hizo; y este fué uno de mis martirios.

Creido de que cumpliria su compromiso, cada papel que con cualquier motivo me daba, lo guardaba cuidadosamente y corría á mi casa á calentarlo, á mojarlo... ¡ni un renglon, ni una letreal... El primer papel que recibí lo sometí á todas las esperiencias de la química, y su inalterable blancura me desesperó.

¿Se habrá olvidado de las instrucciones que le dí? ¿será infiel la receta?... Con esta duda le escribí por duplicado con dos diversas composiciones y esperé su respuesta. El mismo silencio... Hasta los papeles impresos y sucios que caian en mis manos eran sometidos á la esperiencia, y ni una letra, ni un signo pude distinguir nunca. ¿Qué será esto?... y agotaba yo la ciencia y la filosofía para esplicarme este fenómeno; porque yo fiaba en su promesa y con el alma leia aquellos papeles que nada mostraban á mis ojos.

No pudiendo sufrir mas, un dia le comencé á preguntar por el torno el motivo de aquella falta; pero ella me advirtió discreta y oportunamente, diciendome:

—Aquí está nuestra madre escucha, ¿por qué no le hablas?

—No sabia que estaba; como no la oia.

—Aunque no oigas ningun ruido siempre está; te lo advierto para que le hables *siempre* que vengas.

¡Ah! maldito espionage—dije entre mí.— ¡Con que ni hablar es lícito!... ¡Con que la virtud vive

aquí con grillos y mordaza!... Bien poco honra á estas pobres mugeres la severidad, el espionage recíproco, sin lo que al parecer no serian tan virtuosas.—Virtud por impotencia; inaccion material y un torrente de reprimidos deseos!...

Me acuerdo ahora que tambien mi madre lloró seis años presa en un convento, donde estuvo moribunda y donde la hubieran sepultado, si mis abuelos no hubieran comprendido que era imposible extinguir su amor al hombre que despues fué mi padre.

De veras que lisongea al corazon tener una novia que divide su ternura entre Dios y el amante; se deleita uno pensando en la lucha de afectos, que provoca en el corazon de una pobre muger, que desviando los ojos de la imagen que la religion le manda adorar, los clava en nosotros con una mirada mas inefable, mas espresiva, mas íntima. Eso de mirar á una jóven que se ama, prisionera entre las rejas del coro, tras de cuya espesura y lobreguez se distingue apenas como una figura vaga y misteriosa, tiene mucho de novela, muchos encantos para no seducir la imaginacion.

Yo, sin embargo, no supe gozar todos los placeres de esa situacion que á otro le hubiera proporcionado mil goces esquisitos. Pasada la inquietud novedosa de los primeros dias, me habitué á verla con plazo fijo y hora determinada, y le hablaba con la misma frialdad que cuando es-

taba seguro de mirarla y tenerla á mi lado á todas horas. Nunca me ocurrió la idea de robar-mela, ni de escalar el convento, ni siquiera de subir á las azoteas inmediatas, para verla al aire libre por los patios ó los corredores.

No sé por qué soy tan débil que fácilmente me resigno á todo; y mejor me dejó martirizar en la inaccion, que hacer un esfuerzo para vencer un obstáculo, y alcanzar lo que anhelo. Si la muerte fuera un ser corporeo, cerraria los ojos al verla venir para no luchar con ella, aunque me crugiera el miedo de sentir la herida por la espalda.... Cuando los frenólogos ecsaminen mi calavera han de encontrar deprimidas las bosas de la firmeza y la combatibilidad.

1830.—Marzo.

¿Por qué volvió María á su casa? ¿No ecsistia ya el motivo grave que la arrojó de ella? Seguramente no; puesto que salia del refugio que habia buscado contra los males que nos amenazaban.

El día que pude volver á abrazarla, me regocijé; y dormí esa noche tranquilo, como si me hubiera librado de una grande inquietud, de uno de esos peligros desconocidos que amenazan por muchos días, y desaparecen al mismo tiempo que se percibieron.

Ya recordarán los lectores que yo sometia á toda

especie de reactivos cuantos papeles me venian del convento, sin poder hallar nunca ni una sola letra. Lo primero que hice en el primer momento que pude aprovechar, fué sacar el paquete de papeles que habia guardado con la mayor curiosidad y pedir una esplicacion á María para leerlos inmediatamente.

—Con razon no podias leer nada—me contestó riendose—si nunca te escribí.

—¿Y por qué no me escribias?—le repliqué encolerizado por la humillacion.

—Tenia miedo de que me sorprendieran.

—¿Y mis cartas?

—Las quemaba en la lámpara del coro cuando me dejaban sola.

—¡Sin leerlas!

—Al irse quemando procuraba leer las palabras que iban brotando.

—¿Y eso tambien por miedo?...—le dije con ironía.

—Sí, por miedo, y una vez que pensé que venian á sorprenderme tuve que apagar me el papel dentro del seno, sintiendo el ardor de un cauterio.

—¿A ver la seña!—le pregunté por uno de aquellos rasgos violentos de inocente curiosidad.

Ella me reprendió con una mirada tan severa, que me avergonzó hasta cortar un diálogo en que pensaba yo vengarme de su ingrata debilidad.

Dentro de pocos dias volvimos á entablar nuestra vida pasada con sus conversaciones frias, sus juegos inocentes, sus exigencias y zelos pueriles; la misma uniformidad de costumbres do-

místicas, la misma quietud, la misma confianza moral. Además, teníamos ya un pasado que recordar, y estos recuerdos embellecían el presente.

Un solo cambio hubo en nuestra vida interior: María no era mimada ni martirizada como antes; D. German la trataba con circunspección; Doña Juana y Teresa con blandura y casi con indiferencia. A ninguno de los dos nos desagradaba esto; y pronto recobramos nuestra alegría y nuestra franqueza genial.

Estamos en Marzo, es decir, en cuaresma; y María acaba de salir del convento, mas rezadora, mas devota, mas mística que nunca: el espíritu de propaganda se apoderó de ella y se propuso catequizarme.

—¿No te confiesas este año?—solía decirme.

—¿Para qué?—le replicaba yo con una insolencia que la escandalizaba.

Pero es indudable que las blandas insinuaciones de la muger que se ama, son mas eficaces que los mas severos preceptos.

—¿Por qué no te confiesas?

—¿Para qué?

—Para lo que yo; para tener tranquilidad en la conciencia.

—¿Pero que crímenes cometo? ¿o me crees sin perdulario?

—Ni tampoco creo que tú me tendrás por una muger perdida: sin embargo, ya ves que lo hago;

porque siempre satisface cumplir con una obligación.

—Bien pesada por cierto.

—No tanto: si fuera uno á revelar grandes crímenes.... pero nosotros, ¿de qué tenemos que acusarnos si no de bagatelas que fácilmente confiamos á nuestros amigos?.... ¿y merece ménos un confesor?

—Pero al amigo se le puede callar algo, las flaquezas; y al confesor es preciso decirselo todo.

—¿Y bien?....

—Flaquezas hay que casi no son pecados y que es preciso haber perdido el pudor para confesarlas, puesto que uno mismo se ruboriza cuando las recuerda á solas.

—Hé aquí el sacrificio y el mejor freno.... ¿o piensas que la confesion se nos manda como un placer? No, señor; es una penitencia que comienza desde el momento en que piensa uno ir á revelar cuanto ha hecho, cuanto ha pensado.... Sobre todo, es un precepto que debemos cumplir sin murmuracion ni resistencia.

—Bien, bien; ya veremos.

Ahora yo hubiera entablado la discusion sobre otras bases, pero entónces era yo teóricamente tan piadoso como la buena de María, y mi resistencia nacia del instinto solamente, no de la inteligencia: me conformaba con reconocer la obligación aunque no la cumpliera. Por lo que toca á mi novia, tomé el partido de escuchar sus sermones

sin contradicción, oponiéndole solo la resistencia de la inacción.

Ella entonces apeló á otro expediente: interpuso su amor; y á nombre de él me requisó como un obsequio á ella, no á la religion, que le presentase una cédula, por la cual me daría el primer beso.

—Pero—añadió—una cédula puedes comprarla á un sacristan, pedirla á uno de tus amigos, y este engaño sería una vileza, porque yo no he de ir á espiarle, ni á tomar informaciones. Yo no te lo exijo por la violencia, y aun por eso no te propongo que vayamos á comulgar juntos; tal vez cometerías un sacrilegio de que yo sería culpable: si lo has de hacer, sea por tu voluntad; si no estás dispuesto me desagradarás, ya lo sabes; pero... me conformaré.

—Pues bien ¿que pruebas quieres?

—Ninguna.... me confío á la nobleza y la sinceridad de tu amor; si me lo prometes, no me engañarás, estoy segura... y yo sabré leer en tus ojos, el día que vengas á presentarme la cédula.

¿Que me costaba al fin darle gusto, si yo tenia las mismas creencias, y reconocia la obligacion? Y por otra parte, era la ofrenda mas pura que le podia yo hacer: íbamos á santificar nuestro amor, á diferencia de todos los novios que miétras mas enamorados, tanto mas huyen de todas las prácticas religiosas que creen incompatibles con los afectos naturales. Esto supone ó que se les imbuyen falsas creencias, y es el caso mas frecuente, ó que sus intenciones no son de las mejores.

Yo esta vez hice un propósito muy sincero: busqué entre una comunidad de frailes el que me pareció mas austero, y emplazandome para cierto dia, procedí á hacer lo que se llama un ecsámen de conciencia.

Yo en mis niñeces habia aprendido á examinar me consultando con mis compañeros y acudiendo á su memoria, porque ya se sabe que en esa edad la mayor parte de los pecados son colectivos, y se cometen á toda luz: pero en esta vez desconfiando de mi memoria y queriendo metodizar mis recuerdos, recurrí á uno de esos libros, que sé yo si escritos con malicia, donde los y las jóvenes hallan la esplicacion de muchas cosas que ignoraban, y donde se encuentran todas las modificaciones posibles del placer tan bien ordenadas y matizadas, que es imposible no sentir el deseo de pecar con aquellos pecados que uno no conocia, y que deben ser bien sabrosos, cuando tienen señaladas tan grandes penas.

Por mí puedo decir que en aquella situacion supe comprimir los deseos que me causaron tan súbitas revelaciones; pero despues que me pasó el acceso de ascetismo, ese mismo libro me sirvió para inventar nuevos goces, aplicando y comentando todos sus pasajes.

Por fin llegó el dia aplazado para la confesion; y me dirigí al convento con la compuncion de un capuchino. El fraile me condujo al lugar mas oscuro de un claustro, y allí, haciendome hincar á

sus piés, entonó conmigo el-yo pecador-con un acento fervoroso.

X Es horrible, horrible la situacion de un pobre muchacho á quien se obliga á revelar las flaquezas del corazon, las debilidades de la carne que el mismo Dios no preguntará el dia del juicio por respeto á su dignidad.... Yo sudaba, me estremecia, estaba sofocado, los ojos se me arrasaban de lágrimas, la garganta se me anudaba.... la creencia apenas bastaba á darme valor, y las escortaciones imperiosas del fraile me aterrorizaban... Por fin me abandonaron las fuerzas.... se me nubló la vista, me sobrecogió un calofrío y un sudor de hielo; el vértigo se apoderó de mi cabeza y caí al suelo sin sentido.... el esfuerzo moral habia sido superior á mi organizacion.—Por eso se tiene cuidado de habituár á los niños desde muy temprano á perder ese pudor instintivo, que prohíbe revelar lo que se tiene en el corazon: solo el hábito ó el fanatismo puede hacer tolerable un acto tan contrario á la naturaleza.

El bueno del confesor me cuidó, me llevó á su celda, me dijo palabras consoladoras, y remitió la continuacion para cuando estuviera yo mas tranquilo. Me fuí á casa; pero se apoderó de mí tal congoja, tan profundo disgusto, que no bastaron los alhagos de María para curarme de mi mal humor.... la desesperacion y el infierno estaban en mi cabeza.

¿Y se cree que era yo un gran pecador?—La relacion sencilla de mis amores basta para canonizarme.

A los tres dias volví mas contrito que nunca, terminé mi confesion; en fin, comulgué.

María me esperaba, y al verme llegar me hizo un cariño diciendome como si fuera yo un chiquito:

—Ahora sí; ya le va á salir al niño su estrella en la frente.

Esta chanza, imitacion de la promesa con que las mamás engañan á los muchachos, y los seducen, me complació en aquel momento, pues me consideraba yo tan inocente como acabado de bautizar, tan cándido como un niño.... En cuanto á lo cándido todavía no se me quita.

Me desayuné con María que habia compuesto la mesa con muchas flores; y al concluir le reclamé el cumplimiento de su promesa, pero con toda la timidez y la desconfianza de incurrir inmediatamente en un nuevo pecado.

—Pues qué ¿lo creiste?—me dijo.

—Sí; porque ya has visto que yo no te he engañado.

—¿Y el que haya jurado de hacer algun mal qué hará?

—Dolerse de haberlo jurado y no debe cumplirlo—esto le respondí con la misma humildad de un chico de la doctrina á quien están examinando.

—Pues ya ves—añadió ella—que no tengo ninguna obligacion.

—Pero siempre me has engañado.

—Por tu bien: así conseguí que te pusieras en

gracia, y casi estaba obligada á hacerte la promesa.

—¿Con que es lícito mentir?

—Cuando se hace con buen fin....

¿Qué jesuita le habria enseñado á mi María este sistema corruptor de todo buen sentimiento? Por que ella, estoy seguro, obraba de buena fé, y autorizada seguramente por doctrinas que habia escuchado.

Viviamos, pues, como dos palomitos sin hiel; amandonos en Dios y por Dios, segun la fórmula que habia yo aprendido de los monjes.

Pero mi tutor no estaba tan satisfecho como yo de nuestra virtud, y un dia que platicabamos solos en su despacho, me dijo:

—¿Y sabe vd. que no falta quien diga que está vd. enamorado de esa niña María?

—Pero supongo que vd. no lo creerá.

Al hacerme esta pregunta clavó en mí una mirada penetrante; pero yo que realmente no lo juzgaba un delito, y que siempre habia previsto un desenlace de esta especie, le respondí con una sangre fria que lo tranquilizó. Sin embargo creo que desde este dia comenzó á espiarme; y no pasaron dos semanas sin que volviera á decirme:

—Me han asegurado que vd. y María están en relaciones...

—Pero vd. no debe creerlo.

Ya esta vez me habló con severidad; pude leer en sus ojos que reprimia un arrebató de mal humor; pero no por eso me inquieté. — Si llega á ser forzo-

so: decia yo entre mí—le confesaré yo nuestro amor que nada tiene de reprehensible; y cuando haya yo salido del colegio nos casará por precision.

Huy!.. todavia me estremezco de pensar en mi sandez.

Poco á poco se fué formalizando conmigo el tutor, de manera que llegó á no hablarme una palabra; hasta que un dia me hizo entrar á su recámara, y sin volver hácia mí la vista medijo.

—Inmediatamente se marchará vd. de mi casa; y otra vez aprenda á conocer donde vive...

—Pero, señor...

—Marche vd. y calle; que harto hago con no martarlo...

Estas palabras me estremecieron, aunque no comprendia todo lo que me revelaban. ¿Qué hubiera sido de mí comprendiendolo?

Y á pesar de todas las malas consecuencias que en mi corazon produjo despues el descubrimiento de todos aquellos misterios que se ocultaban en la atmósfera nublada y pestilente de aquella casa, de cuya corrupcion me iba impregnando insensiblemente, todavia tengo que agradecerle á mi tutor: porque ¿con qué derecho iba yo á quitarle su querida dentro de su propia casa, en la cual me abrigaba por un favor á que no estaba obligado? ¿como pudo sufrir en paciencia que un muchacho despreciable fuera el estorbo de una pasion vehemente que lo dominaba á el hombre duro, caprichoso, irascible, que de veras hubiera matado á otro rival

digno de su cólera?.. Todavía me horrorizo al pensar que en una de aquellas noches que María se levantaba huyendo seguramente de sus lascivos brazos, para ir á escudarse con el temor de que yo los sorprendiera en el gabinete vecino, pudo matarme en un acceso de lúbrico frenesí, viendo que le estorbaba, ó zeloso de oirme hablar con ella, y observar mis cuidados.

Es preciso creer en el ángel de la guarda, cuando reflexionamos los mil precipicios por donde hemos pasado, y á cuyo fondo pudimos ir á desper-
tar!..

Mis amores fueron algo menos insípidos desde el dia que nos separaron. La dificultad de verla hacia subir de punto el placer de encontrarla en la iglesia, en el paseo, ó en alguna visita. Una de sus amigas se dolió de nuestra desgracia, y su casa fué nuestro punto de cita; el único donde podíamos hablar un cuarto de hora cada semana.

¿Quien creerá que uno de los mayores placeres que me produjo esta separacion fué el de poder probar á mis amigos que yo tenia una novia, que me daba citas y que me esperaba á determinadas horas en el balcón? porque ántes yo les habia contado todo, pero no me creian algunos, y esta duda me ofendia. Por eso, aunque lleno de temor de que D. German saliése á regañarme por lo ménos, y prohibirme que volviese á pasar por la calle, todas las tardes á la hora convenida pasaba yo acompañado de alguno de los incrédulos, para que viera cómo me

saludaba risueña, y como cerraba la vidriera y se metia, tan pronto como deblabamos la esquina.

Entre tanto mis parientes habian llegado á conocer el motivo porque el tutor me lanzara; y celosos de mi reputacion y mi dicha, fraguaban la manera de extinguir aquel amor que me creian peligroso; pues si, por una causa que no comprendo, habian consentido mi permanencia en aquella casa, despues creyeron que de ninguna manera convenia consentir aquellas relaciones, cuyo final probable seria mi enlace con una muger que tenia mala reputacion.

Ademas, pasando por una de las queridas de D. German, suponian ménos inocentes nuestros amores, y bajo este supuesto temian con razon, que si un accidente complicaba esta doble union, yo fuese la víctima inmolada á las conveniencias públicas.

Primero recibí amonestaciones suaves de que no hice caso; despues prohibiciones formales de que me burlé; y últimamente me declararon una guerra, que en vez de apagar atizaban un amor, cuyos principales estímulos eran las mil dificultades que se iban acumulando. Mis parientes conocieron esto, y tomaron la mejor resolucion que pudo ocurrirles.

Un tío á quien respetaba yo, me hizo un convite para un baile en su casa: fuí, con previa licencia de María y me divertí cuanto pude. A cierta hora quise irme á acostar; pero el tío me detuvo con tanta amabilidad, que me resigné á seguir divirtiendome.

A las tres de la mañana se había retirado toda la tertulia, y en la misma sala donde había yo estado bailando tan alegre, me hizo sentar mi tío para hablarme en estos términos:

—No debes estrañar lo que voy á decirte, ni lo que voy á hacer, porque tú eres bastante discreto y comprenderás que el deseo de tu bien es lo que me ha determinado á violentarte un poco.

—¿Pues qué...

—No me interrumpas. Tú estás enamorado de una muger que no puede nunca ser tu esposa; se oponen á ello mil circunstancias, y principalmente el buen nombre de nuestra familia.

—¿Acaso es una muger perdida?

—Supongamos que no lo sea....

—No lo es.

—Aún no sabes lo que dices.

—¿Cómo!....

—Vamos, calla; y no me obligues á ser imprudente.

—Pero....

—Te mando que calles y que me escuches. Esa niña puede ser muy inocente; pero su madre, su familia toda no lo es; y eso basta para que el mundo la tache á ella tambien: en el mundo la reputacion es todo; y nosotros no hemos de consentir tu deshonor.... Ahora, si es inocente, y tú la has seducido....

—¿Yo!!!....

—Sé franco á lo ménos.... ¿No percibes que esas

relaciones, si están prohibidas para un viejo, en un muchacho son el mayor escándalo?....

—Pero si yo....

—Compromisos y desórden es todo lo que puede producir una muger que no se respeta, ni se cuida del mal que hace, fomentando la corrupcion de un jóven como tú.

—Tío, le juro á vd. que mis relaciones son inocentes; que no le he tocado todavía ni una mano.

—Entónces, ¿qué esperas? ¿casarte con ella de aquí á diez años, cuando hayas hecho una fortuna?... Mejor seria que pensaras en el presente, que asistieras al colegio, y que no por disipar un amor imprudente, te anduvieras con esa turba de amigos perdularios que acabarán por perderte.

—Tío....

—En fin; debes suponer que yo no soy un loco, y que lo que hago es solo por tu bien: tengo mas esperiencia que tú; y el deber de pensar por tí, de obligarte á ejecutar lo que espontáneamente harias si conocieras tu situacion. Es preciso cortar esos lazos que te deshonoran, y que acabarán por perderte; y el mejor medio de conseguirlo es que salgas de Madrid.

—¿Imposible!....

—Dentro de una hora saldrás.

—No, señor, no saldré.

—Espero que al fin obedecerás un mandato que te hago á nombre de tu padre; y creo que no querás hacer un escándalo.